

Adolfo Sánchez Vázquez: un testimonio

Fotografía: Alejandro Arteaga



Óscar de la Borbolla

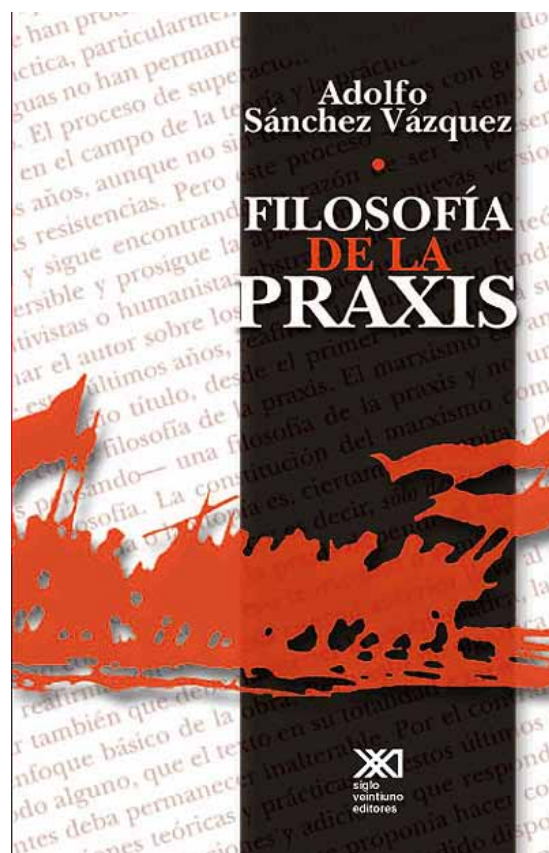
EL 8 DE JULIO MURIÓ EL FILÓSOFO Adolfo Sánchez Vázquez. Yo tuve la suerte de que fuera él con quien me encontrara en mi primera clase en la Facultad de Filosofía y Letras. Corría 1969 y ese año la afluencia de estudiantes a la carrera de filosofía fue relativamente grande; todos, o casi todos, íbamos con el deseo de obtener “las armas teóricas”, así llamábamos entonces al marco de conceptos con los que esperábamos no sólo comprender el mundo, sino transformarlo. Encontrarme esa vez con un filósofo, y más aún, con un filósofo marxista, fue para mí, más que una emoción, una conmoción. Recuerdo que desde el fondo, apiñado entre los más de doscientos compañeros que conformábamos el desbordado aforo del salón, se me ocurrió levantar la mano y opinar sobre lo que el profesor explicaba. Sánchez Vázquez se cambió las gafas de ver de cerca por las de ver de lejos y dijo refiriéndose a mí: “Tiene usted suerte de que no alcance a distinguirlo, porque, de lo contrario, lo reprobaría ahora mismo.” Y, acto seguido, desbarató mi intervención con un florete de razones que me dejó la cara roja de vergüenza; me hundí en el asiento y aprendí mi verdadera primera lección: no se trataba de decir lo que cruzara por mi cabeza, sino de meterme muchos libros en el cerebro, pensarlos largo tiempo y luego, algún día, volver a abrir la boca.

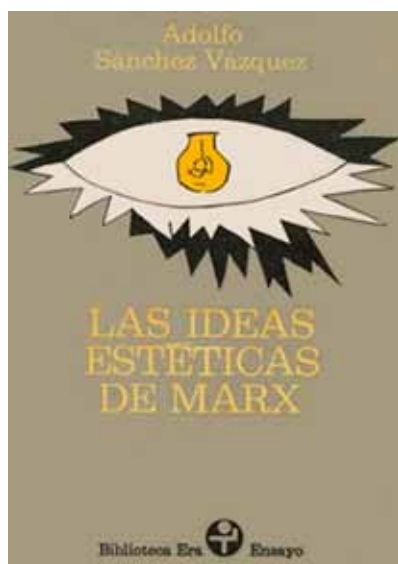
No fue, con todo, una iniciación pitagórica: la cuestión no era imponer un silencio ritual, sino invitarnos a que nos tomáramos la molestia de pensar un poco y de saber un poco antes de atrevernos a irrumpir en la clase. Yo, sin embargo, por aquello de mi instinto de supervivencia, preferí mantenerme callado el resto del semestre que, por cierto, aprobé con un MB flamante. En el segundo curso de Estética ya éramos menos: el grupo se había diezmado, pues a muchos se les disipó el entusiasmo por adquirir las armas teóricas, y a otros se los comieron las ansias de entregarse a la praxis: era una época turbulenta: ser joven equivalía a tener intacta la capacidad de indignación.

Seguí en varios cursos al doctor Sánchez Vázquez. Mi interés por sus ideas fue reforzado por mi prematuro compromiso de impartir la asignatura de Estética en la naciente Prepa Popular de la calle Liverpool. Y no sólo jamás falté a su clase, sino que rescataba con un denuedo de taquígrafo cada una de sus palabras: debo de confesar que me volví su franquicia en la Prepa Popular y que llegué a subrayar tanto el libro *Las ideas estéticas de Marx* que terminé por pintar con el amarillo de mi plumón hasta el canto de las hojas.

Sánchez Vázquez era un profesor sistemático, sobrio, claro, serio, riguroso; hablaba como si leyera con soltura un texto perfectamente redactado. En sus clases las ideas se vestían de matices, de argumentos: se tonificaban, se volvían tangibles, tridimensionales. Y luego eran diseccionadas hasta quedar desnudas, hasta descomponerse en sus elementos más simples: eran clases dialécticas en el sentido marxista del término. Sánchez Vázquez siempre fue un gran maestro. Maestro de los que enseñan a pensar pensando ante los demás.

A los grandes maestros, los estudiantes de entonces los llamábamos “Vacas Sagradas”, y en el imaginario estudiantil los concebíamos como dioses olímpicos: Sánchez Vázquez era para nosotros una especie de Zeus,





un inmortal que oficiaba en ese tiempo en la Coordinación de Filosofía y a quien jamás me atreví a detener cuando cruzaba hacia su cubículo: me lo imaginaba incontenible como el proceso histórico. Los mortales éramos los estudiantes y, como tales, nos interesábamos fanáticamente por la vida y milagros de los grandes maestros. Fue así como en los pasillos de la Facultad supe que mi profesor de Estética no sólo hacía teoría marxista, sino que había militado en el ala republicana durante la Guerra Civil Española: primero, dirigiendo la revista del Partido Comunista español, y luego participando en las batallas de Teruel y del Ebro; supe también que había tenido que huir a Francia para salvar la vida. La Guerra Civil tenía ya entonces para mí una resonancia de epopeya mayúscula, fosforescente: había leído acerca de las Brigadas Internacionales y los nombres de David Alfaro Siqueiros, George Orwell, Ernest Hemingway o Josip Broz, “Tito”, el presidente de Yugoslavia (quien había ganado su apodo, precisamente, en esa guerra), hacían que para mí aquel momento fuese uno de los más altos de la Historia: la lucha de la inteligencia y el valor por defender la Segunda República. Mi maestro de Estética había estado en la *praxis*: en ese verdadero *ahí* de la acción donde las ideas y los ideales sí cuestan la vida.

Mi admiración por Sánchez Vázquez dio desde entonces un salto cualitativo, pues no sólo era ya estudiar su libro *La filosofía de la praxis* para entender la parte vital del marxismo y tener argumentos contra los economicismos estructuralistas de los althusseres con sus sobredeterminaciones en última instancia; no sólo era leer *Las tesis sobre Feuerbach* a la luz esclarecedora de esa obra que fue la tesis doctoral de Sánchez Vázquez, ni sólo entender la frontera que distingue al socialismo utópico del socialismo científico, sino haber encontrado, por fin, a un hombre de una sola pieza. Comprendí que Sánchez Vázquez no sólo era un gran maestro porque enseñaba a pensar, sino porque su vida era un ejemplo.

Yo luego me fui por otros caminos, por otras sendas apartadas del marxismo: primero por la metafísica de Eduardo Nicol —otro gran filósofo que nos trajo el exilio español— y luego por tantas filosofías que fueron compañeras de una noche hasta que un día me desperté en medio de la literatura: viviendo *de* la filosofía pero no *para* la filosofía, sino *de* la filosofía *para* las letras. Y fue en este camino donde tuve mi segunda oportunidad: conocer de más cerca a Sánchez Vázquez: le gustaron *Las vocales malditas*, le parecían un ejemplo que ilustraba su idea de la libertad: la libertad en oposición a la necesidad, pero implicándola siempre; tuve, incluso, el privilegio de que escribiera un ensayo sobre *Asalto al infierno*, generosidad que me ayudó a clarificarme a mí mismo, y pude platicar con él, ya sin el escalón discípulo-maestro, muchas cordiales y entrañables veces.

La *perestroika* (reforma), la *glásnost* (transparencia) y la caída del Muro de Berlín, más el desplome de la URSS, terminaron con el socialismo real y asestaron un duro golpe al marxismo que inevitablemente quedó asociado al socialismo. Sánchez Vázquez desde mucho antes había criticado al régimen soviético y desde siempre había marcado sus distancias respecto del marxismo ortodoxo. Hoy, a muchos años de distancia del fin de la Guerra Fría y en plena posmodernidad —que entre otra de sus claves implica el fin de las utopías— considero que siguen siendo válidos los planteamientos de Sánchez Vázquez, pues podrá haber pasado de moda el marxismo, pero los ideales que estaban en su impulso son y seguirán siendo vigentes.

Fue un privilegio haber conocido a Sánchez Vázquez, pues a mí me fue dado encontrar en él lo que no encontró Diógenes ni con su linterna encendida en pleno día: un hombre auténtico. Y, aunque me alejé del marxismo y me aparté de la filosofía, no me separé jamás de lo que despertó mi admiración cualitativa por Sánchez Vázquez, pues él jamás se apartó de sí mismo.

Ahora, a tantísimos años de haber sido su alumno, rindo este testimonio que sólo roza la vida de uno de los pocos hombres frente al que me he visto obligado a experimentar uno de los más raros sentimientos: el respeto. 